

en la descripción de un volcán, dice de él, que «después de colorearse momentáneamente de rubores en su último coqueteo con el sol, se mostraba gris y torvo» (pág. 31). Pequeño desliz del propio autor, que mancha la pureza de la imagen y nos detiene por un instante la atención. Por un instante solamente. Después, los subjetivos jugos románticos, los gustamos muy sabrosamente infiltrados, muy delicadamente diluídos en las difíciles partes de la novela que corresponden a la acción y a los caracteres de los personajes.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At257-258-320VPRP10320>

ASÍ LO VEÍA MI PADRE, por *Elliott Roosevelt*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires.

A través de estas páginas impregnadas del cariño y de la admiración hacia su padre, el grande hombre que fué Franklin Délano Roosevelt, uno puede ir valorando la magnitud y el relieve de la obra de ese hombre que fué un verdadero prodigio de voluntad al servicio de una inteligencia clara y de una facultad de realización no menos prodigiosa.

Nada hay en este libro, que es mejor dicho un diario de algunos días de convivencia con el Presidente Roosevelt, en la época más agitada y difícil de la guerra. De esa monstruosa guerra, que desató la ambición nacistá sobre el mundo contemporáneo, con el afán de ser los únicos que pudieran dirigir al mundo y de imprimirle un rumbo al destino de cada hombre. Vemos en estas páginas, de cómo Roosevelt, que era además de un hombre de Estado, de proporciones pocas veces vistas en los tiempos modernos, un hombre encantador en la intimidad del hogar. Lo vemos preocupado de los problemas mundiales y de pronto interesado en una partida de fútbol, a tal punto que en el momento de ir a acostarse, le propone a su hijo una apuesta de diez dólares al equipo de su simpatía.

Creo que nunca, aunque se escriban muchas biografías so-

bre el egregio ciudadano que fué el Presidente Roosevelt, se podrá cobrarle mayor simpatía humana y sentirlo más cerca de uno, que cuando lo ve a través de las páginas que escribió su hijo sin afán trascendente, sino relatando en forma simple cómo veía a diario a su padre, ya fuera tratando los más importantes problemas del Estado o jugando con uno de sus nietos, que en una ocasión, en una noche de Navidad, le quita el libro en que el Presidente lee un pasaje de la Biblia, con gran fervor. Entonces el Presidente, con su sonrisa encantadora, exclama: Oh!, pero con estos diablillos no se puede leer.

Y así como en esta ocasión lo vemos conversando con Churchill, personaje de gran interés, por su impetuosidad, por su carácter un poco irascible, y por sus decisiones rotundas en ciertos momentos. Churchill es el hombre que no cede, ni trata de buscar otra solución que la que él propone. Desde Argentinia a Casablanca, de Casablanca a El Cairo, de El Cairo a Teherán y de Teherán a Yalta, vemos a los tres grandes observados tales como son, sin afeites ni actitudes oficiales. Hay detalles de Churchill y de Stalin que son impagables. Algunas conversaciones con Mad. Chang Kay Shek y algunas conversaciones íntimas de los personajes principales que debían decidir quién sería el general que dirigiera el asalto a Europa, le dan a este libro un interés realmente sansacional.

Pero nada es esto al lado de la figura de Roosevelt. El gran ciudadano de Estados Unidos, merecía todas las simpatías de los hombres que desde lejos le veían combatiendo por la libertad del mundo. Es este un libro que se escribió seguramente sin pretensiones de ninguna especie, pero al cual le ha dado el mayor relieve y el sugestionante encanto de una novela fascinadora, la figura de Roosevelt. Su actitud, su carácter, su sonrisa, su manera simple a veces, casi desconcertante de resolver las más difíciles situaciones nos dejan convencidos de sus condiciones de hombre superior. De figura máxima de esta época contemporánea.—ROSAMEL PEREIRA.